

sus ojos una frase amorosa, nunca habier sido capaz de decirle: "Gabriela... vivo para vd."

"No, me dije—no, es preciso ahogar esta pasión que apenas nace y ya me quemal Huiré de Gabriela; seré con ella desdichoso, indiferente, frío; procuraré hacerme odioso; quiero que me aborrezca..."

Me resolví a confiar á Gabriela mis amores con Angelina. Así,—pensaba yo—me salvaré, y no podré decirle nunca que la amo.

LVII

De tarde en tarde, despues del despacho, salíamos de paseo, á lo largo del río, hacia los campos de caña de azúcar, hasta las faldas de pintoresca y cercana colina, algunas veces á caballo, las más á pie.

Mauricio empujaba el carrito de Pepillo y don Carlos y doña Gabriela le seguían á corta distancia, y la joven y yo, nos deteníamos aquí y allá en busca de flores ó de helechos.

Una ocasión, viéndonos á gran distancia de los señores, nos sentamos al pie de un árbol, uno de los más hermosos de la ribera, cerca del cual se precipita el río á través de tupidos carrizales.

Yo, al pasar, la borré con los pies. —¿Qué ha hecho vd? —Nada, señorita. —Bien hecho... ¡Mejor! Locuras mías...

LVIII

Oí que preguntaban por mí, dejé la pluma, me restregué los ojos y salí al corredor. Era Mauricio que volvía de Villaverde con la correspondencia.

—Tenga vd.;—me dijo el mancebo, quitándose respetuosamente el jorongo.—Ahí vienen dos cartas para vd. Me dieron una en la casa; la otra en el correo. Hablé con la señora...

ya lo necesitaban las tierras, que la seca ha sido buena, los pastos estaban amarillos, amarillos! ¡Se ha muerto más ganado! Me voy, don Rodolfo, que estoy chorreando agua y tengo que desensillar...

Puse en la mesa de don Carlos el paquete de periódicos; volví á mi asiento; acabé los apuntes empezados, y en seguida leí mis cartas. Una era de cierto condiscípulo mío que solía escribirme de tiempo en tiempo, la otra de la tía Pepa que me decía:

«Carmen va muy bien; Sarmiento viene todos los días, y está contentísimo, porque la pobrecilla come y duerme á las mil maravillas. Ahora me ha confesado don Orisando que en el último ataque vió á tu madrina muy mala, tan mala que poco faltó para que la mandara disponer. La Virgen me ha hecho el milagro; se lo pedí de todo corazón, y le ofrecí unos ramilletes. Recibí el dinero. Gracias, hijito; Dios te lo pague. Eres muy bueno con nosotros. ¡Por qué mandaste todo el sueldo, y nada guardaste para tí! Andrés dice que nada le debes, y nada quisó recibir. Dios lo ayudará siempre porque es muy bueno y muy agradecido. Del dinero he tomado para los avisos de los ramilletes de la Virgen. Tú pondrás el dinero que se necesite y yo el trabajo, porque la promesa la hice por los dos, por tí y por mí. Angelina no ha escrito. No ha venido el mozo ea toda la semana, y por acá estamos con mucho cuidado, temiendo que el Padre siga malo. El trabajo de la Semana Santa es pesadísimo; figúrate que el Padre tiene que hacerlo todo. Yo estoy temiendo que siga malo; pero me tranquiliza la idea de que si así fuera ya hubieran venido por Sarmiento, que es el médico de allá, aunque quien sabe si, por estar más cerca llamarían á alguno de Pluviosilla, hay allá uno que acaba de recibirse y dicen que ha hecho curas muy buenas. Lo que sí me extraña es que Angelina no escriba, ni siquiera para saber de la salud de tu madrina. El domingo me puso cuatro letras, pero nada me dice para tí. Si hay carta te la mandaré con el muchacho. Ya se que eres muy impaciente.»

«Saluda de nuestra parte á doña Gabriela, á Gabrielita y á don Carlos, y díles que deseamos que el niño esté mejorcito.»

Me dió un vuelco el corazón; no pensé en el P. Herrera, ni en que estuviera enfermo, me asaltó el presentimiento de que Linilla no escribía por alguna otra causa, y á decir verdad, me creía yo culpable, y me pareció que Angelina adivinaba que la señorita Gabriela le robaba mi amor.

Linilla no me quiere; Linilla no me ama; Linilla desea olvidarme,—pensaba yo. Y entonces ¡oh miseria del corazón humano! la pobre niña ocupó mi pensamiento, y cuando me encontré con Gabriela á la entrada del comedor me pareció que era otra mujer, otra joven cualquiera que ni me causaba interés ni era simpática para mí.

Durante la cena hablé de Angelina, de su belleza, de la dulzura de su carácter, de su discreción, de sus habilidades y de lo mucho que todos la queríamos en casa. Gabriela acogió los elogios muy contenta y repitió con entusiasmo cuanto yo decía. Se trató del P. Herrera, y don Carlos dijo que era muy digno de ocupar los puestos más elevados en la diócesis; que merecía ser obispo, y que su extrema modestia le tenía relegado en la Sierra, en un pueblo remoto que era como una Tebaída.

Después fuimos á la sala. —Gabriela,—dijo don Carlos—séntate al piano y tócanos algo.

Obedeció la señorita, y durante una hora, hasta las once, estubo tocando cuanto sabía que era del agrado de su padre.

Me puse á leer los periódicos; pero ni oía la música ni me enteraba yo de las noticias. Mi pensamiento, mi alma estaban en otra parte. Me sentía yo satisfecho de mí; la conversación acerca de Linilla había sido, á mi ver, como una prueba de fidelidad, como una manifestación pública de mi amor. Linilla estaba contenta; el corazón le decía que si Rodolfo no ama á otra; que su Rodolfo vive sólo para ella; que su Rodolfo es incapaz de olvidarla. La idea de que Linilla dejase de que-

irme me llenaba de espanto, y me prometía yo serle fiel hasta más allá de la tumba; la idea de que podía yo perder á Linilla me perseguía de tal modo, y de tal modo me asediaba que hubiera yo querido volar en busca de la joven para decirle de rodillas:

—Linilla, perdóname, perdónamel ¡He faltado á mis promesas! Te he olvidado un instante, pero un instante nada más! Por piedad no me niegues tu cariño... mira que sólo vivo para tí, para tí, Linilla mía!

No paré mientes en la música. Cuando dejó de sonar el piano advertí que Gabriela estaba cerca de mí.

Muy llenos de noticias interesantes están los periódicos, Rodolfo... Abismado en la lectura no ha oído vd. la sonata aquella... No supe como disculparme; murmuré torpes excusas, alabé una pieza que no había yo escuchado, y me levanté para despedirme.

Habló don Carlos, de Villaverde, del día de la Cruz, del paseo en la Alameda y en la colina del Escobillar, y de la fiesta del cinco de Mayo. Dijo la señora que Pepillo deseaba pasar ese día en Villaverde, se resolvió darle gusto y quedó acordado salir al día siguiente.

En los momentos de retirarnos me detuvo don Carlos: —El día cinco le esperamos á vd. Verá vd. á sus tías y comerá con nosotros. En la Plaza es la fiesta y sin salir á la calle lo veremos todo: el paseo divino, y los fuegos... que será cuanto haya que ver.

(Continuará.)

LA 'NOCHE BUENA' DE UN NIÑO ABANDONADO.

A vispera de la Pascua de Navidad es de gran bullicio y alegría en la hermosa ciudad de París. Aun cuando el invierno se deja sentir con todo su rigor á fines de Diciembre, ni la nieve ni la lluvia impiden á los buenos parisienses esparcirse por los bulevares ó invadir los cafés y restaurantes.

En el momento en que comienza nuestro relato, son las nueve de la noche del 24 de Diciembre. Nevaba desde la mañana —una nieve fina, delicada, que hacía la ilusión de que millones de millones de plumas caían del cielo. Se hubiera dicho que un gigantesco adredón se había rasgado allá arriba, en las alturas, esparciendo en el espacio plumas blancas de alas de serafines.

A lo largo de las calles de Passy, un niño caminaba, un niño como de siete años, un pobre desgraciado vestido de andrajos. Marchaba, derecho, muy derecho, como pobre criatura que ya no puede más, los miembros rígidos de fatiga, la espina dorsal doblada como un viejo, y que no tiene idea de nada si no es de conseguir, mendigando, algunos centavos para comer.

Peró á esta hora y con tal tiempo, el populoso barrio de Passy estaba desierto, y para llegar al corazón mismo de la ciudad de París, donde se concentra la vida y el movimiento, había que caminar un buen trecho y el pobrecito parecía ya completamente extenuado. De cuando en cuando, sin embargo, el niño encontraba un transeúnte ó una pareja, á la que se dirigía inmediatamente con mal timbrada voz:

—Un centavito, señor!... Señor, si usted gusta!... Es para comer, señor!... Un centavito!

Y corría al lado del transeúnte ó de la pareja con la mano extendida, con el semblante lleno de tristeza; pero con la esperanza en el corazón, la esperanza de obtener un centavito para comprar pan... Pero no lo obtenía. Los hombres son el traje mojado, incómodos, tenían apuro de llegar luego á su casa; las mujeres, de mal humor, con el paraguas en una mano, mientras que con la otra levantaban su vestido para no embarrarlo, no se mostraban caritativas, y el pobre chico poi-

más que corría, estiraba la mano, imploraba, no conseguía inspirar lástima á nadie. No se da limosna sino cuando uno sufre ó es feliz; nunca cuando está de mal humor.

Los pobres no debían mendigar con un tiempo detestable. Está bien que lo hagan en la primavera, cuando las flores de manzanos hacen el efecto de copos de nieve; pero al fin del año es fiesta para los que han economizado algunos centenares de francos.

Sin embargo, hacia las diez un gran señor que subía en coche, arrojó cuatro centavos al niño infeliz. El chico no dijo «gracias» —no dijo nada, permaneció sin moverse; pero en el mismo instante tuvo calor en el pecho, ó más bien sintió ese golpe de felicidad que ha de decir que el cuerpo tiembla de gozo... Y súbitamente metamorfoseado, con los ojos llenos de alegría, casi resplandeciente el rostro, se puso en marcha, esta vez con un paso alegre de hombrecito que va á sus negocios, á un objeto determinado... Ese objeto era buscar una tienda de comestibles.

Cuando la hubo encontrado, no entró inmediatamente. Quiso elegir en la vidriera. Elegir con cuatro centavos!... Pero sí, eligió!... Y eligió, y vaciló como un rico vacilante entre un pastel de chocolate y una crema de cerezas. Solamente la elección del niño era entre un pedazo de jamon y una tajada de galantina. Se decidió por la segunda, pidió en seguida dos centavos de pan, hizo un sandwich y comió. Comió ávidamente, á grandes mascaradas que le llenaban la boca, feliz, sintiendo una alegría semejante á la del gastrónomo que ataca una suculenta comida despues de un día de ejercicio.

Cuando hubo terminado su comida, tomó su postre con los ojos, deteniéndose ante una tienda de jugueteras. La cara pegada á la vidriera, con el deseo que brillaba en los ojos, sus facciones melancólicas y dulces, contempló todo ese pequeño mundo en miniatura que se fabrica para los niños, estos liliputienses del universo: caballos multicolores, conejos que hacen pruebas, corderos que balan, locomotoras de ingenioso mecanismo, mujercitas y hombrécitos vestidos de brocado y seda, polichinelas fantásticos y dorados por todas las costuras... Pronto, sin embargo, la fatiga lo venció, sus piernas flaquearon, el frío lo hizo titilar, y abandonó la vidriera para buscar un abrigo. Si hubiese oído buen tiempo, se habría tendido en un sofá y todo estaba dicho; pero con un tiempo tan horroroso, le era necesario á lo ménos un abrigo.

Se puso, pues, á caminar derecho, con su marcha de viejecito fatigado, y entregándose al azar. El azar le dió de comer, él le daría un lugar para dormir.

Se fué así, inconsciente del camino, el rostro agotado por la nieve, el cuerpo empaquetado hasta los huesos, los pies adoloridos y helados, las manos azuladas, los ojos al viento, registrando la oscuridad. Pero no veía ni casas en construcción, ni coche abandonado, nada más que las calles blancas, interminables. Todavía caminó, todavía registró la oscuridad, luego ya no pudo más. A pesar de todo era necesario que se sentase, sus piernas lo abandonaban. Algunos pasos más lejos, y hubiera caído inerte, incapaz de moverse. Entonces no tuvo más que un pensamiento; des cansar, no importa donde, ahí, en la nieve, si era preciso, pero inmediatamente.

Se encontraba cerca de una puerta cochera, la gran puerta magistral de una soberbia casa particular. Se arrastró hasta allí, y como una masa se dejó caer en su ángulo. Puso las manos en el pecho, bajo sus harapos, debió las piernas, recogió el cuerpo, y así, tan minucioso como era posible, pobre paquetito de miseria humana, se adormeció sufriendo, siendo la fatiga más fuerte que su dolor.

De repente, en la desierta calle, aparecieron dos linternas de coupé, semejantes á lo lejos á dos ojos de monstruo de cuerpo invisible, perdido en la oscuridad. El coche se aproximó y se detuvo ante la puerta, en uno de cuyos ángulos se encontraba amontonado el pequeño desgraciado.

El criado gritó para hacer abrir, é inm-

diatamente descendió de su asiento. Pero al aproximarse á la puerta de calle, vió el minúsculo cuerpo. Primero no distinguió y atenta con el pie—con un puntapié brutal de lacayo obsequioso que quiere evitar á sus amos la vista de un objeto desagradable. Sin embargo, habituándose sus ojos á la oscuridad, creyó reconocer una forma humana, é inclinándose, se dió cuenta... Batóncos, al abrir el el portero, le dijo:

—Antonio, mirad, es un chiquitín! Antonio contestó: —Dejad pasar el coche, veremos despues. Pero apénas terminaba, el vidrio del coupé se corría, y la cabeza en la portezuela, un jóven preguntó: —¿Qué sucede? —Señor conde, es un niño que está acostado ahí.

—Un niño! exclamó el jóven siguiendo con la vista la dirección señalada por la mano del criado.

Luego que distinguió abrió la portezuela, saltó sobre la acera y acudió seguido de su mujer.

—Pobre pequeñuelo! exclamó ésta, herida de súbita emoción, observando que la nieve había cubierto los andrajos del niño, lo que probaba que permanecía ahí hacia varias horas.

El marido, igualmente emocionado, pero queriendo parecer ménos sensible, preguntó con un tono un poco rudo:

—¿Qué hace ahí, muchacho? Ninguna respuesta obtuvo. Asustados con este silencio, el marido y la mujer se inclinaron ambos; pero inmediatamente la condesa, habiendo colocado la mano sobre la frente, citó una conmoción helada correr por su cuerpo y exclamó con emoción: —Ah! Dios mío! Qué frío está... Está muerto!

—Tranquilízalos, mi querida Juana... No está más que desmayado... Mirad, su corazón late, tengo la mano puesta en su pecho.

Y dirigiéndose al criado. —José, tómallo y súbelo á la antesala. —No, á mi pieza, agregó la condesa.

Inmediatamente despues que hubo subido á su pieza, madame de Nizi, ayudada por su camarera, había desvestido al pequeño desgraciado, lo había envuelto con un corbeter de lana, y ahora lo hacía friccionar de los pies á la cabeza.

Pero el pobrecito seguía inerte, helado. Y era en estremo doloroso ver esa cabecita de guagua con los párpados cerrados, las facciones enfriadas, los labios sin color, entreabiertos, dejando ver los dientes... Los primeros dientes... Era doloroso sobre todo su pequeño cuerpo descarnado como el de un hombre de trabajo, ese cuerpecito helado, sin vida, pálido, sin un matiz, como si la sangre se hubiera evaporado... Oh! sí, aquel espectáculo hacía sufrir; y la condesa lloraba lágrimas silenciosas que caían ardientes sobre el cuerpo inerte del chico...

Mientras que la compasión así la impresionaba, su marido entró seguido de un médico.

—Doctor, dijo el jóven, os he enviado á buscar para un pobre niño que ha caído desmayado en la puerta de la casa, pues segun una carta que se le ha encontrado, ha debido andar varios días: viene de los alrededores de Caen...

Mirad, leed esta carta que sus indignos padres le han puesto en el bolsillo antes de abandonarlo en algun camino... el camino de París probablemente... Pobre chico!... Abandonarlo!... Y no tiene siete años!... Ah! verdaderamente hay miserables en este mundo!

Pero el médico se había acercado al niño y lo examinaba.

—¿Hay esperanzas de salvarlo? preguntó la condesa.

—No puedo responder de nada todavía, señora... Por el momento, no os lo ocultó, está muy mal... Por felicidad, tiene una constitucion de pequeño atleta, y debe estar